

# THESIS

NUEVA REVISTA DE  
FILOSOFIA Y LETRAS

▶ Carlos R. Margain  
SISTEMA CALENDARICOS  
MESOAMERICANOS

# 13

▶ Un texto  
de Angelina Muniz

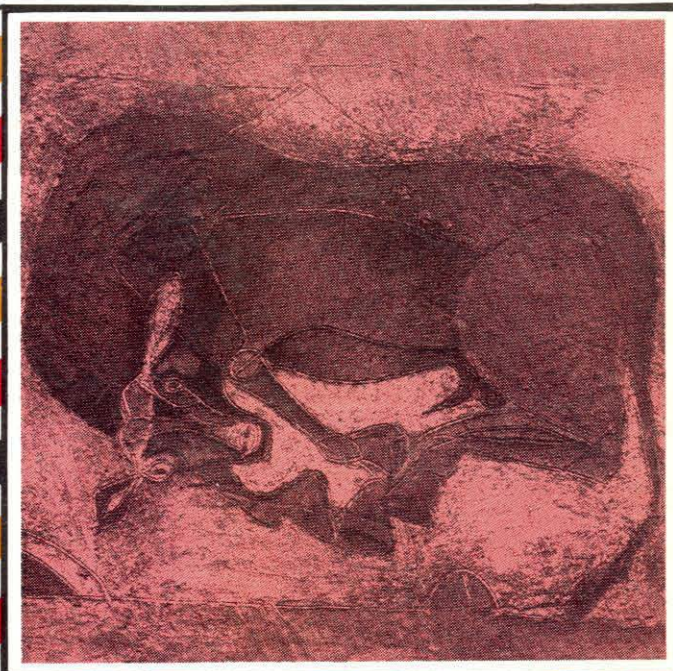
▶ María Andueza y Margo  
Glantz SOBRE  
CALDERON DE LA BARCA

▶ Alicia Axelrod Korenbraut  
SARTRE Y LA CUESTION  
JUDIA

▶ Alberto Híjar  
LA ESTETICA DE KANT

▶ Juan Coronado  
LA NARRATIVA DE LA  
REVOLUCION MEXICANA

▶ La tradición presente:  
Julio Jiménez Rueda



40.00 pesos  
abril / 1982

# THESIS

**Nueva Revista de Filosofía y Letras.  
Año IV, Número 13  
Abril / 1982**



## UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

*Rector:*

Dr. Octavio Rivero Serrano

*Secretario General:*

Lic. Raúl Béjar Navarro

*Secretario General Administrativo:*

C.P. Rodolfo Coeto Mota

*Abogado General:*

Lic. Ignacio Carrillo Prieto

Facultad de Filosofía y Letras

*Director:*

Dr. José G. Moreno de Alba

*Secretario General:*

Dr. José Pascual Buxó

*Secretario de Extensión Académica:*

Lic. Gonzalo Celorio

THESIS NUEVA REVISTA  
DE FILOSOFIA Y LETRAS  
Publicación trimestral de la  
Facultad de Filosofía y Letras

*Director:* Abelardo Villegas

*Editor:* Benjamín Villanueva

*Consejo de Redacción:* José Pascual Buxó,

Juliana González, Benjamín Villanueva

*Secretaria de Redacción:* Elsa Cross

*Diseño de ilustraciones:* Berta Kolteniuk

# Indice

- CARLOS R. MARGAIN** 3  
*Sobre sistemas calendáricos mesoamericanos*
- ANGELINA MUÑIZ** 33  
*De la crisálida del limo escapará la mariposa*
- ALBERTO HIJAR** 34  
*La estética de Kant hoy y para México (apunte)*
- ALICIA AXELROD KORENBROT** 37  
*El desconcierto de Sartre*
- JUAN CORONADO** 44  
*La narrativa de la Revolución Mexicana*
- MARIA ANDUEZA** 52  
*Komonimia y polisemia de la palabra sueño en  
La vida es sueño de Calderón de la Barca*
- MARGO GLANTZ** 62  
*Bestiarios de caza y guerra*
- La tradición presente:  
**JULIO JIMENEZ RUEDA** 66  
*En el centenario de San Juan de la Cruz*
- Notas y Reseñas  
**GUSTAVO ESCOBAR:** 73  
*México en el horizonte liberal*
- VERA VALDES LAKOVSKY:** 74  
*Ezequiel A. Chávez, de Juan Hernández Luna*

## Bestiarios de caza y guerra

**E**n su afán por establecer un deslinde que escinda al hombre del bruto, Calderón propicia los bestiarios, resbalando con perversidad sobre un terreno viscoso que confunde las esencias. Esta indecisión de la materia y de los seres animados parece inexistente cuando de la figura vestida con pieles surge la voz. Enfrentando al mundo, el hombre fiera posee un instrumento que se inicia en los labios y responde en los oídos. El sonido exterior organizado como canto de mujer o como sonido musical producido por un instrumento, proyecta al enjaulado fuera de su celda. Una vez fuera advierte que lo único que tiene es un habla organizada: Narciso (*Eco y Narciso*) exige a su madre que le deje ver el sol y le permita, como a los animales, el movimiento, convertido en libertad. Liriope es capturada por Anteo que la llevará a Eco; Liriope será un trofeo inapreciable

pues su figura simboliza un desgarramiento natural, otro prodigio, un animal extraño, desconocido, y la ninfa esquiva, la que no sabe amar, ha exigido "una fineza". Narciso queda libre y de repente siente el miedo de su libertad:

¿Qué he de hacer sin ti en aquestas  
montañas, solo, ignorando  
quien soy y que modo tengan  
de vivir los hombres, pues  
nada sino a hablar me enseñas?

El oído lo suelta y el labio lo engaña: ahora necesita de la mirada para neutralizarlos. Eco lleva la voz y la belleza y al ser vista por Narciso se cumplen los presagios: el eco es su reflejo y la diferenciación entre los sentidos se cancela: oído, vista y habla se confunden y la voz sólo señala una hermosura, la propia. Narciso regresa a la naturaleza y su paso por el mundo es tan breve como el de las aves que con su vuelo le han dado la nostalgia de la libertad. La madre, Liriope, lo ha guardado dentro de la cueva, el seno oscuro; la salida es un deslumbramiento: la propia imagen, idéntica en sustancia a la del cosmos. Narciso y Eco se vuelven plantas y también aire: han regresado a la indiferenciación de su destino cancelando el albedrío.

¿Cómo precisar la identidad? La fiera humana, en su yacija, cavila como la bestia pero su instinto la lleva al hombre. El hombre pulido sale del ámbito palaciego para espiar a la naturaleza: al advertir al empielado, al mirar su desmelenamiento, lo confunde con el monte y sus vilezas. Cuando la fiera habla se turba pues también ha salido a buscar la fiera y, ansioso de sangre, es idéntico reflejo y eco del que la mira, de la bestia que en el monte deambula. Lo palaciego se diluye en la caza o en la guerra o en la fiereza indómita del tirano.

Focas (en este mundo todo es verdad y todo mentira), usurpador del trono de Mauricio, ha sido en su juventud fiera, ni más ni menos que Semíramis (*la hija del aire*). Ha sido engendrado por las víboras y el Etna, amamantado con leche de lobas y alimentado con el veneno de las yerbas

en cuya bruta crianza  
dudó la naturaleza  
si era fiera o si era hombre,



y resolvió al ver que era  
hombre y fiera, que creciese  
para rey de hombres y fieras.

Entrando en la intimidad del gesto animal, amasado con él, Focas es de su misma estirpe y como Zeus organiza su mandato apoderándose de cada una de las propiedades de las bestias que lo rodean. Es un ser mítico pero no porque sintetice imágenes sino actos: le han jurado vasallaje todas las fieras de "desnudas garras", todas las de "armadas testas". Son cualidades no sólo de la mirada sino del acto: la zarpa del león o la cornamenta del ciervo, el empuje salvaje del jabalí y la piel erizada de los leones que desarticulados al domeñarse las bestias, le ofrecen su tributo:

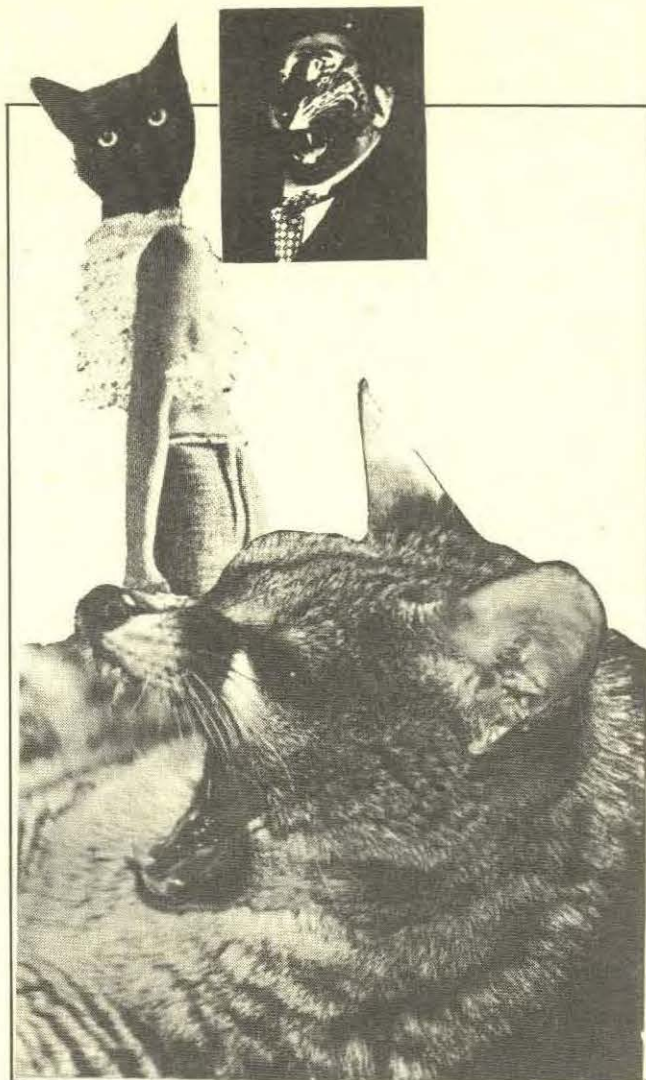
destrozadas  
a mi sañuda violencia  
vestido y vianda en piel  
y cadáver: de manera,  
que a mi furia sin segunda  
dos frutos daba mi diestra  
en el horror que me adorna  
y el manjar que me alimenta.

Rey de las fieras es Focas (él mismo homónimo de ese animal que en el bestiario calderoniano es un monstruo que se alimenta de carne humana), pues en su naturaleza se agigantan, se hinchan, se encrespan las características esenciales que diferencian a las fieras entre sí: el hombre no sólo las transforma, no sólo las multiplica, no sólo las desmesura sino que las conjunta: es una síntesis de todas. Vestido con su piel, alimentando con su carne, previsto de sus armas Focas es como Hércules la más terrible de las fieras, el más prodigioso de los monstruos, en suma, el hombre.

Agigantado por el amontonamiento de características bestiales, Focas sólo puede ser rey de las fieras, jefe de bandidos y, en fin, tirano. Es de la raza de esos hombres que resucitó el romanticismo colocándoles un halo y que Alfred de Vigny cantaba:

... existe una raza de hombres de corazón  
seco y de ojo microscópico, armada de pinzas  
y de garras.

**L**as garras, las pinzas, las ventosas, las astas, las quijadas se vuelven atributos de estos hombres. Los reyes cazan o van a la guerra y en estas actividades muestran un exquisito muestrario de sus apropiaciones. Carentes de armas naturales se las construyen robándoselas con violencia a los animales, expropiando los dones de naturaleza y volviéndose de tan ataviados, de tan extraños, abortos de los montes. Y en esta connotación de aborto va implícita la noción de sacrilegio, la de la máxima transgresión: no se es aborto de "ovas y lamas" como el pez, o como el potro "signo de estrellas", o como el ave "flor de pluma" o "ramillete con alas" por la



aparición y la capacidad metonímica, sino por ser una realidad humana, por ser un "compuesto de hombre y de fiera", un engendro que maltrata a la naturaleza que la vuelve ininteligible, que exige que se la descifre, como se descifran los signos de los planetas en los cielos. Mejor, el hombre no presenta como ellos una nitidez de recorrido, sino que es una mezcla horrenda, síntesis de negaciones, pues su cuerpo concibe la imagen de una semejanza con la divinidad y se convierte a una mezcla hedionda y viscosa de lo que Dios había separado: es o son conceptos bastardos de la mente.

La voz que excita, el clarín que suena para llamar a la guerra o la trompa que avisa de la caza vienen de adentro y sólo creemos oírlas fuera cuando estamos preparados para aceptar el reflejo. Narciso muere abrazado a su hermosura antes de probar la vida-sueño, Focas persigue siempre la sangre transgredida: es el reflejo de Semíramis o el tirano. Leonido y Heraclio (En este mundo todos es...) han perpetuado el destino de fiera que marcó a Focas y gracias a su influjo, Heraclio es el hijo de Mauricio, asesinado por el usurpador y Leonido, el hijo de Focas, abandonado cuando éste tiene que pacificar a sus enemigos para solidificar su mal gobierno. Ambos han tenido una sola crianza, la de Astolfo, cortesano de Mauricio y dos sangres distintas y por ello dos afectos. Leonidas sale

de su cueva marcado por la voz de "una música lisonjera" que lo suspende y Heraclio se enajena con el horror del sonido de las cajas de la guerra. Ambos se pasan al notar que la música de la naturaleza es otra y que lo que el hombre crea apropiándose de lo natural arrebatada, infama, imanta, enciende, anima y alienta.

La naturaleza despierta a los adolescentes con auras y cristales que "conducen cláusulas" o con blandos compases de "las arpadadas lenguas de las aves" o con los violentos rumores con que se quejan "las atormentadas copas" de los árboles o "las ráfagas o las cóleras inquietas de los relámpagos", pero todo es natural en su proyección salvaje. Los signos pautados de la caza y de la guerra desquician, desdibujan ese orden natural.

La civilización domestica la fiera: la rabia vuelve fieros a los canes y les devuelve lo salvaje. Esta doble paradoja se utiliza en Calderón: la voz que es atributo de lo racional domestica a las fieras pero la ira del tirano crea fieras a su paso y aún en el palacio más refinado. El hombre natural, antes encerrado en sus pieles y en su cueva, salvado por la voz

¡Cielos! ¿Qué voz tan sonora  
es la que hiere mi oído?  
Qué nuevo pájaro ha sido  
este que hoy llama a la aurora?  
Toda mi vida lo ignora.

pasa del recinto silvestre a un recinto pulido, el palacio. Así truecan su ropa los salvajes de *En este mundo todo es verdad y todo mentira*, así la trueca Aquiles, vestido de doncella y seguidor de Deidamia, que sólo ama a las mujeres. (*El monstruo de los jardines*.)

Los montes están llenos de fieras y las fieras se cazan. Narciso y Liríope, también Irifiles (personaje de *El monstruo de...*), sirven de trofeos cuando se busca un regalo inigualable y los reyes descansan de la guerra cazando fieras y siguiéndolas con halcones. Los monstruos permanecen en su cubil quejándose y los que los persiguen los descubren y los cazan. Al ver que sólo la piel y la ignorancia los hace irracionales, los engalanan y con ello creen civilizarlos.

La civilización es con todo un puro travestimiento. Semíramis (*la hija del aire*) sigue fiera y su gracia no le evita ser ave de presa. Nino la encuentra cazando pero Semíramis lo hechiza y lo obliga a abandonar el mundo. Ella no se conforma con Nínive, ciudad al ras del suelo, y construye Babilonia, ciudad aérea donde anidan voces confusas: la voz que hace racional a la fiera se transforma y al mezclar los diversos acentos construye nuevos recintos que aprisionan.

El mito de Babel se reproduce. La torre de Semíramis y sus malabarismos se unen al monstruo vulgo que emite voces distintas desde sus múltiples cabezas:

porque esas festivas voces  
son de mi fortuna exequias,  
cuando repetidas dicen  
en tantas confusas lenguas...

**E**l vuelo de las aves y su trino pueden civilizar al hombre, pueden convertirlo en ser racional, también pueden, violentando los opuestos, devolverlo a la fiera encaramándolo en su vuelo para igualarlo a las aves de rapiña que viven de la carroña; cielo y suelo de nuevo se reúnen; empeños de la fortuna que cuando quiere encumbrar y cuando se cansa despeña; revelando en su fondo la misma naturaleza arbitraria y temible del tirano. El personaje perfecto para sintetizar los opuestos y demostrarlos en Lidoro (*La hija del aire*) esposo de Irene, hermana de Nino y coronado por el rey en vida de éste. Semíramis lo condena a sufrir los deterioros de fortuna, revistiéndola y lo encadena a las puertas del palacio donde como perfecto perro recibe, echado, a los que entran.

Al regresar del destierro prolongado al que le obliga su madre, Ninias, hijo de Semíramis y Nino, encuentra en la puerta a Lidoro encadenado, y le pregunta:

N. Dime ¿quién eres?  
L. Lidoro,  
y vigilante desde hoy:  
que si del can es empeño  
al ser leal con tu dueño,  
desde aquí tu dueño soy.

Y Chato gracioso viejo, quien primero (en la primera parte del drama), es un desgraciado paródico del amor, tiene ahora el oficio de perrero de la reina y por ello la parodia:

pues de perrero  
me he convertido en perrera.

Lidoro, reducido a la condición de lebel o de sabueso inútil, queda arrodillado con trailla y cadenas, mimando la posición de la bestia que yace en una quiebra, comenzando como los animales su diaria ración de fiera.

Lidoro tiene como quiebra la puerta del palacio, y la fiera Semíramis trueca el recinto regio en cubil. Segismundo (*La vida es sueño*) tira, desde la ventana a un criado e intenta matar a su tutor; Leonido y Heraclio, empujados y enriquecidos por un traje de corte, demuestran que la fiera fuera del cubil es peor de lo que la pintan: su tiranía reduce la humanidad y traspasa el entendimiento, como ha traspasado el traje volviéndolo irracional. En estas transformaciones monstruosas, en este proceso de hibridización a que se someten los tiranos y los que bajo ellos se encuentran parecería que los múltiples prodigios de Calderón, los que pasan de uno a otro drama, son sólo discursos idénticos pero su utilización en cada obra determina en realidad una constatación: la de la pluralidad de la creación y por ende la de la perversidad. El ansia que unifica a los tiranos, cada uno parecido al otro pero también de distinto signo, es la sangre:

la hidrópica sed de sangre  
de mi heredada soberbia



declara Focas cuando se inicia el drama para advertir cuando expiran que siempre ha sido

Un hidrópico de sangre,  
que, por no poder beber  
la de todos, en la suya  
está apagando su sed”

Esa sangre —ese instinto— preside lo irracional y en su desmesura al amor, aunque, como dice el drama con su título *En este mundo nada es verdad ni mentira*, la crianza puede quizá redimirnos. Heraclio, hijo legítimo de Mauricio y por tanto a la muerte del usurpador heredero del reino, acoge a su hermano por la crianza:

Leonido fue hermano mío,  
y siempre en la antigua fe  
de nuestra crianza debo  
mantenerle.

Procede limpiamente como el mismo Segismundo, él sí, príncipe cristiano, cuando con el sueño aprende; también Heraclio y Leonido han sido víctimas de un sueño que los traslada de la selva a un palacio creado por Lisipo el mago. Pero el aprendizaje que reprime y doma a la fiera que el hombre lleva adentro, no mutila al ras de la piel

de bestia ni el cabello de la fiera, y es también Segismundo quien lo advierte, antes de caer en la redención de lo cristiano y por tanto en la perversa maña de Calderón quien lo metaforiza con su “retórico silencio”. Luego, rechazando los abrazos de un padre que antes se ha mostrado tirano, repudia:

Sin ellos me podré estar  
como me he estado hasta aquí;  
que un padre que contra mí  
tanto rigor sabe usar,  
que con condición ingrata  
de su lado me desvía,  
como a una fiera me cría,  
y como a un monstruo me trata  
y mi muerte solicita,  
de poca importación fue  
que los brazos no le dé  
cuando el ser de hombre me quita.

Albedrío y libertad se conjuntan en un destino, sangre y efecto se aherrojan con la buena crianza, y, aunque esa buena crianza sea sin lugar a dudas en el teólogo Calderón la crianza cristiana, siempre espera, subrepticia, la serpiente de la fiera, para confundir a las especies y desquiciar la imagen y la semejanza.